

CURSILLO DE AUTOEDUCACION

DESARROLLADO EN EL
ATENEО CIENTÍFICO LITERARIO DE MADRID

LOS DÍAS 5 A 9 DE JUNIO DE 1915

PRIMERA SESIÓN
LECCIÓN PRIMERA : PRÓLOGO

DISERTACIÓN DEL CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DEL MAGISTERIO
DON ADOLFO BUYLLA

PROHIBIDA LA VENTA

**Edición de 20.000 ejemplares publicada a expensas de la Librería
Parera, de Barcelona, para distribuirlos gratuitamente**

NOTA

El Ideal que se persigue con estas enseñanzas es infundir en las nuevas generaciones de los países de habla española la saludable inquietud que cristaliza en ansias de perfección y tiene su origen en el despertar de la potencia volitiva.

Educar la voluntad es educar hombres para una vida racional.

Los obcecados que atribuyen a estas campañas fines de lucro mercantii son seres de orden inferior, incapaces de sentir la elevación de la vida espiritual.

SEÑORAS Y SEÑORES:

E poder yo contestar con una negativa cortés a la invitación del iniciador de este Curso, don Miguel Parera, creedme lo hubiera hecho. ¡Me faltan tantas cosas para desempeñar con relativo acierto la misión de prologar esta serie de conferencias a cargo de personas de superior relieve por su significación social y científica! Yo no soy un filósofo, ni siquiera un aficionado a la filosofía, yo no soy un orador, yo no soy tampoco un estilista, y aunque rodeado de tantas condiciones negativas, me encuentro aquí dispuesto a torturaros, si quiera sea por breves momentos, porque no he podido resistir a la sugestión de Parera, que no en vano es hoy en España el propagandista más tenaz y más entusiasta de la política de la acción y del culto de la voluntad, preconizadas por las hermosas obras del excelso educador americano doctor Marden. Por eso, porque ha puesto en la propaganda por el hecho, en la verdadera propaganda por el hecho, que es la del libro, removedor de las conciencias, sembrador de ideas, impresionador de sen-

timientos, impulsor de voluntades y por todo sugestionador en grado máximo, cuanto ha podido y quizá más de lo que ha podido, no me ha sido posible resistir al ruego, afectuoso en la forma, pero avasallador, impositivo en el fondo para quien como yo tiene muy metido dentro de su sér, muy arraigado en el alma, como algo más reflejo que reflexivo, un deseo atractivo de simpatía, que inmediatamente se transforma en actuación fatal hacia lo que considera un bien, es decir, un valor inmediato y urgente; y nada en mi sentir de un valor tan actual para nosotros los españoles como lo que manifiestamente tienda a reafirmar en esta estirpe nuestra, una voluntad fuerte, decidida, tenaz, en vincular consorcio con una sensibilidad exquisita, estética y con una inteligencia capaz de penetrar en lo hondo de las realidades, lo que equivaldría a crear en nosotros personalidad, carácter, que si en lo individual y privado significa grado supremo de la dignidad humana, trasciende en lo social y público a poder y capacidad de gobierno, de Estado, obligados medios uno y otro, de lograr vida que, sobre ser autónoma, reciba y refleje en la realidad toda, y viva por ende, la armonía del Cosmos. Obro, pues, en este momento por ajena sugestión y por sugestión propia; doble e impositiva acción que casi me priva de responsabilidad.

A esta irresponsabilidad, pues, me acojo, al atreverme a inaugurar este Coursillo de alta educación y dominio de la voluntad, contribuyendo así, muy modestamente por cierto, a la magnífica obra de Parera iniciada por él con la publicación de los hermosos libros del gran Marden, del americano que ha acertado a encarnar en la palabra escrita el espíritu de esa raza de hombres de acción

que han sabido hacer del Nuevo Mundo un mundo nuevo; del eminente etnólogo Doumer, el autor del *Perfecto ciudadano*, de quien alguien ha podido decir sin exageración: «este libro ayuda a la verdadera civilización; no la civilización del frío intelecto o de las comodidades materiales, sino la verdadera civilización del corazón, la única que podrá suprimir esas guerras cobardes y fratricidas que están asolando al mundo»; del piadoso y filántropo Trine, que labora por el renacimiento religioso, filosófico y político del mundo.

Y ahora entremos en nuestro papel de prologuista, comenzando por confirmar una vez más la importancia de esta iniciativa del señor Parera; ya que hoy los pueblos que, mejor que cumbres llamaría yo bases, cifran su superioridad, no en la vida contemplativa, sino en la existencia activa, producto de una voluntad educada y, por consiguiente, viva, tenaz y sobretodo continuada, respondiendo como no puede menos de suceder a las enseñanzas de los inmortales pedagogos, por ser filósofos y psicólogos que, con Rousseau, creen que «vivir no es respirar, sino obrar»; que como Kant exaltan la razón práctica, o proclaman la hegemonía de la voluntad como Nietzsche, o ponderan el valor del hecho moral como Comte, o sostienen con Adam Smith que «las cualidades más útiles son un alto grado de inteligencia y de dominio sobre sí mismo» seguidos, en cuanto a considerar como genuino fundamento educacional el desarrollo pleno de la voluntad y la formación del carácter

principal determinante de la personalidad, por todos los modernos pedagogos, desde Pestalozzi a Herbart y desde Bain a Barth, Lange Ziegler y Natorp.

Es verdad que de muy antiguo y casi sin interrupción registra la Historia de la Filosofía larga lista de pensadores ilustres que elevan la voluntad por encima de las demás facultades anímicas o la declaran único resorte del alma, bien como propiedad simple o como integración del funcionar espiritual. En efecto, Sócrates, si bien admite dos facultades del alma, el sentimiento y la inteligencia, entiende que ambas inclinan y determinan al hombre a la acción, y al igual que todos los sabios de la antigüedad clásica, cree que la verdadera educación consiste en la formación de la voluntad. Aristóteles reputa la voluntad como función de las facultades sensitivas e intelectivas; para él, es el apetito racional caracterizado, como especial potencia que no depende de ninguno de los elementos de que es resultante, por la libertad, que es como si el instinto al aclararse cambiara de naturaleza, con la singularidad de que, en un sentido, esta libertad no es libre, porque tiende necesariamente al bien; pero sí en otro, o sea en cuanto puede elegir los medios para lograrlo. Concede tal importancia a la voluntad, que sostiene que toda virtud o valor es un estado de voluntad consciente, *O axis proas fatique*, Esto piensan con escasa modificación santo Tomás y la escolástica. Duns Scotto es más radical, porque entiende que la razón está dominada por la voluntad.

Descartes, aunque distingue claramente la voluntad y la inteligencia, que identifica con la sensibilidad, reduce éstas a un papel meramente pasivo, mientras que tiene a la primera por el prototipo de la actividad. Para

él, la inteligencia es limitada y fatal y la voluntad infinita y libre; por eso «podemos hacer una cosa o no hacerla». De modo parecido opinan Pascal, Malebranche y Leibnitz. Secuaces de Descartes son también en lo moderno Secretan, Renouvier y Brochard, entre otros, puesto que consideran, como él, a la voluntad el principio de la creación, identificándola, como la identifica el maestro, con el *sum qui sum* de Jehovah, por donde en Él es antes la voluntad que el entendimiento. Kant mismo comulga en esta doctrina voluntarista cuando coloca en el noumeno el principio supremo, incognoscible para nosotros, del universo fenomenal; cuando opone este principio, como libertad absoluta, al determinismo universal de la Naturaleza y cuando, en su *Metafísica de las Costumbres*, señala dos fines generales a la educación: la propia perfección y la felicidad ajena, comprendiendo en la primera tanto el desarrollo de todas las fuerzas corporales y anímicas a que debe aspirar para hacerse digno de la humanidad que en él vive, como la cultura, es decir *la formación de la voluntad*, hasta llegar a la verdadera virtud. Muy semejante a este es el pensar de un filósofo y economista polaco, no por poco conocido menos meritorio por sus importantes trabajos en una y en otra ciencia, Cieszkowsky, quien en su original doctrina acerca de las antinomias de la voluntad, nos indica las limitaciones naturales de la voluntad individual y al propio tiempo los medios de suprimirlas, gracias al acuerdo voluntario entre el individuo libre y su Creador, que le asegura no sólo la mayor armonía posible con sus semejantes, sino también una influencia incontestable sobre la naturaleza animal y sobre la naturaleza vegetal, como mundos inferiores que son al reino humano.

Schopenhauer no es maravilla que vea en la voluntad el verdadero principio metafísico de las cosas y que la considere con superioridad manifiesta sobre la inteligencia, acompañándole en este culto por la voluntad filósofos como Boutroux y Bergson y todo el pragmatismo moderno. Hay, como se aprecia por esta rápida revista de opiniones, una genuina escuela filosófica o psicológica voluntarista, de la que no están tampoco muy distanciados ni Wundt, sosteniendo que sólo cuando una representación encuentra un cierto tono sentimental puede servir de motivo a la voluntad, es decir, puede conducir a representaciones posteriores o movimientos, ni Spencer pretendiendo que todo placer eleva el nivel de la vida y en cambio el dolor lo hace descender, y recíprocamente todo lo que activa el proceso de la vida nos es grato y todo lo que la estorba desagradable, ni mucho menos nuestro Balmes cuando esculpe en *El Criterio* estas frases lapidarias. «El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear: y el secreto de hacer mucho es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto; su entendimiento es más capaz y penetrante; su corazón más osado y emprendedor; su cuerpo más vigoroso. ¿Y esto por qué? ¿Se crean acaso nuevas fuerzas? No, ciertamente; sólo se despiertan, se ponen en acción, se aplican a un objeto determinado. ¿Y cómo se logra esto? El aprieto agujonea la voluntad, y esta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder; quiere al fin con intensidad y viveza, manda con energía a todas las facultades que trabajen por encontrar los medios a propósito, y por emplearlos una vez encontrados; y el hom-

bre se asombra de sentirse otro, de ser capaz de llevar a cabo lo que en circunstancias ordinarias le pareciera del todo imposible. Lo que sucede en extremos apurados debe enseñarnos el modo de aprovechar y multiplicar nuestras fuerzas en el curso de los negocios comunes. Regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es *voluntad*, voluntad decidida, resuelta, firme, que marche a su objeto, sin arredrarse por obstáculos y fatigas. Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veleidad; quisiéramos, más no queremos; quisiéramos, si no fuese preciso salir de nuestra habitual pereza, arrostrar tal trabajo, superar tales obstáculos; pero no queremos alcanzar el fin a tanta costa; empleamos con flojedad nuestras facultades, y desfallecemos a la mitad del camino.»

Y voluntaristas cálidos, decididos partidarios de hacer del hombre una voluntad, un carácter, Emerson, el gran Emerson, el filósofo, el sabio de los días ordinarios, de esos días que son en suma la substancia de nuestro ser, al expresivo decir de Maeterlinck, que escribe cosas como estas: «el carácter es aquel orden moral visto a través de una naturaleza individual». Un individuo es una especie de vallado; en él, el tiempo y el espacio, la libertad y la necesidad, la verdad y el pensamiento, no permanecen libres; el universo tórnase un recinto cercado. Todo lo que hay en ese hombre está matizado de su color. Comunica a todo lo que toca, a cuanto su pensamiento puede alcanzar, algo de lo que está en sí; su tendencia no es perderse en la inmensidad, sino que por larga que sea la curva, todos sus esfuerzos tienden finalmente a su propio bien. Anima todo lo que puede y no ve sino lo que anima. Comprende el mundo—lo

mismo que el patriota comprende su país — como una base material de su carácter, como el teatro de sus acciones. Un alma sana se une a lo Verdadero, a lo Justo, como el imán sigue la dirección del polo, de manera que aparece a los hombres como un objeto transparente entre ellos y el sol, y cualquiera que viaje hacia el sol, viaja hacia aquella alma. Por eso es intermediaria de la más elevada influencia para todos aquellos que no están en el mismo nivel. Por ello los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen. Y voluntarista nuestro nunca bien llorado maestro, el *maestro*, don Francisco Giner de los Ríos, que al morir se ha llevado con un pedazo de nuestro corazón, un pedazo del corazón de España, en triste y quizá muy larga orfandad de la enorme influencia educadora que ha ejercido y ejerce, a través de sus generaciones de discípulos, que se rendían a ella, unos voluntariamente y otros hasta contra toda su voluntad, subyugados por la fuerza irresistible de su sublime catequesis de verdadero filósofo, cuando entre mil cosas análogas decía: «Sin duda conocer el fin y la ley fundamental es la primera condición para debidamente realizarla; pero condición y no más, no *causa*». Aquí radica el valor inmenso de la instrucción para la educación y cultura del individuo y de la sociedad y juntamente el límite de lo que puede y debe esperarse de ella, en general del conocimiento y, por tanto, de la ciencia misma. Los principios no vienen por sí solos a la vida; en este sentido nada más justo que la nota de impotencia práctica que a las ideas así entendidas arroja con sumo tino un discreto contemporáneo (Lotze en su célebre Monografía sobre la idea de la *Vida* en el Diccionario de Wag-

ner). De igual manera que sin las fuerzas y proceso específicos naturales fuera inútil empeño el de buscar la realización del tipo normal y director en el individuo físico, ni hablar de «ideas naturales», así la riqueza y fecundo valor de los primeros principios de la vida moral son letra muerta sino pasan de puros pensamientos en *abstracta* generalidad. Mientras el hombre, a semejanza del legislador en la esfera jurídica, no quiere o no sabe derivar de la contemplación absoluta de las cosas la regla particular que en cada caso constituye su expresión viva y concreta; mientras no abraza esa regla con amor; mientras el poder ejecutivo de la voluntad no se resuelve a ponerla por obra, puede en verdad pensar y discurrir grandes cosas: jamás espere hacerlas, y el divorcio entre la convicción teórica, por sincera que la supongamos, y la conducta que debiera conformar con ella, estallará al primer conflicto grave de su honor con su interés, o con sus afecciones, o con la opinión, o con su propio irracional deseo. La inteligencia por sí misma da luz, mas no calor. Sólo aquello que es recibido en la unidad y plenitud de la conciencia, y convertido ya en sangre, penetra y circula y se difunde por todo nuestro sér, como alza de la vida, es capaz de gobernarla rectamente.

Pero no han quedado aquí en pura teoría, en pura pedagogía ordinaria, digámoslo así, estos enamoramientos de la voluntad y del carácter. «Muchos grandes espíritus apasionados por el problema de la voluntad, escribe el ilustre pensador Intoslawski en su formidable libro *Volonté et Liberté*, se han esforzado en crear métodos para lograr el dominio de sí mismo y una voluntad estable que no tenga que renegar nunca de sus de-

cisiones; y estos hombres de genio han tenido discípulos y han formado escuelas de la voluntad que existen desde la antigüedad más remota ligadas frecuentemente y estrechamente con la vida religiosa.

Efectivamente, antiquísima es la religión brahmánica importada en América, entrado el siglo XIX, por el famoso Vivekenanda, inspirado en las doctrinas del iniciador del movimiento, Ramakrisna, cuyo fin único es amoldar la voluntad humana a la divina, hasta llegar a la identificación con Dios, al Nirvana—liberación de todos los males, felicidad eterna mediante la anulación de la personalidad—que es lo que convierte al hombre en yogui, el cual, sometiéndose voluntariamente a una severa disciplina, logra domar su cuerpo y hacerse dueño de su pensamiento, de sus emociones y de sus destinos.

Es imposible negar que la Iglesia cristiana y católica es una gran escuela de dominio de la voluntad, ni desconocer por tanto la inmensa fuerza moral que ha desplegado en los largos siglos que lleva de existencia valiéndose de medios esencialmente diferentes de los arbitrados por otras religiones, toda vez que fía su fuerza espiritual a la virtualidad de los sacramentos, signos sensibles de la gracia espiritual y medio material de obtenerla y perfectos estimulantes de la fe que obra milagros en la voluntad, por ejemplo, el de romper por medio de la contrición todo un pasado de vicios y hasta de crímenes.

Ha podido decir, con verdad, Lutoslawscki que la economía de los sacramentos penetra en la vida toda del fiel desde su nacimiento hasta su muerte y la entrena en una corriente de gracia emanante de una fuente única

y capaz, por consiguiente, de acrecer la armonía individual y la armonía social de las voluntades que se someten a su acción. Este sistema es el mayor esfuerzo que jamás haya podido dirigir y desarrollar la voluntad humana y merece la atención aun de los que no pueden participar de la fe que lo ha inspirado.

En este rapidísimo recuento de los sabios y las sectas que pretenden refrenar la voluntad, considerándola, por supuesto, como la facultad activa por excelencia, y por lo tanto, la más influyente en la formación del carácter o sea, de la personalidad, no debemos olvidar el marcado movimiento que desde la independencia de los Estados Unidos se advierte en esta tierra, que por prestarse tan excelentemente a todo género de experiencias bien pudiera llamarse el laboratorio social del mundo, en pro de la perfección moral del individuo, pero también de la mejora de la especie. Datan los primeros esfuerzos en este orden de Conrado Beizel y su colonia de Ephrata, y muy particularmente del proselitismo singular de la célebre Ana Lee, fundadora en 1770 de la Sociedad de los *shakers* o tembladores, a causa de los movimientos rítmicos a que se entregaban en sus reuniones religiosas. Todos ellos aspiraban a la perfección moral por medio de la castidad, aun entre los esposos, y por la abstención del alcohol y del tabaco. Formaban comunidades algo parecidas a las religioso-cristianas, pero que difieren de ellas en cuanto se conserva la vida de familia procurando su perfección, y en que las tales comunidades viven del trabajo y no de la caridad y atribuyen gran valor a la higiene y a la salud perfectas.

Son dignos de mención especial los *revivals*, a modo

de epidemias psíquicas, fruto de la apasionada propaganda de esos *profetas* y apóstoles que originaron la comunidad de los *perfeccionistas* de Noyes, quien predicaba que la oración, el ayuno y los ejercicios físicos y espirituales, además de disponer admirablemente para una vida intensamente activa, evitaban las enfermedades, principalmente si iban acompañados de la supresión de toda excitación sexual, lo que preparaba para la procreación de hijos libres de tentaciones pecaminosas, llegando así por selección al mejoramiento físico, intelectual y moral de la raza de los hombres.

Los descubrimientos o las visiones espiritistas determinaron en América una reacción moral contra el excesivo amor a las riquezas, que establecía el extraordinario crecimiento de su industria, de su agricultura y de su comercio, por lo que pudieran significar como resurgimientos de la creencia en un mundo invisible. El pastor Harnis y el publicista Oliphant, antiguo diplomático, crearon la comunidad denominada *Mountain Cove Community*, de fines no muy bien definidos, pero que, a juzgar por lo que uno y otro han declarado en sus obras, partían del optimismo excesivo a que conducían, sobre todo al primero, sus visiones y experiencias psíquicas extrañas y hasta únicas en su género, acerca de las posibilidades a que puede llegar una naturaleza regenerada por una vida de castidad y un amor a Dios sobre todas las cosas.

Se afina y se define esta tendencia en el sistema conocido con el nombre de *New Thought* o disciplina de la voluntad. Con decir que a su frente estaba el gran Emerson, cabe calcular su importancia. Con él actuaban Davis, famoso por haber iniciado el espiritismo

americano, y el médico *Quimby*, que fué el primero en afirmar el poder del pensamiento sobre la salud, y de la voluntad sobre el pensamiento, bastando, por lo tanto, para sanar librarse de la idea de la enfermedad; y extendiendo esta creencia, pretenden los partidarios del *New Thought* que la voluntad ejerce un influjo incontrastable no sólo sobre la salud, sino sobre todas las condiciones materiales y morales de la vida.

Y, para no hacer interminable este árido relato, no hablaremos del fletcheranismo o limitación del alimento y perfección de la masticación, ni del deweyanismo o sistema del ayuno absoluto durante largos días, como medios de curación y de prevención de las enfermedades, que, como se advierte, no son más que disciplinas de la voluntad.

Los libros de *Marden*, sin caer en ninguno de tales extremos y exageraciones, encaminan el espíritu humano a la perfección y contribuyen de un modo definitivo a la formación del carácter del hombre, le orientan y establecen el firme imperio de la razón combatiendo la abulia.

Esto es, señores y señoras, lo poco, lo poquísimo que yo puedo deciros del tema de lo que alguien, que no he sido yo, ha querido llamar Prólogo del Cursillo de Autoeducación o de dominio de la voluntad.

ADOLFO BUYLLA

Libros que deben preferirse para la educación de la voluntad y la formación del carácter

Obras de Marden

¡Siempre Adelante!—Abrirse paso.—El poder del pensamiento.—La iniciación en los negocios.—La alegría del vivir.

Biblioteca de cultura y civismo

El perfecto ciudadano.—Consejos a los padres.

Obras de Ch. Wagner

Juventud.—Junto al hogar.—Lo que siempre hará falta.—Valor.—Sonriendo.—Vida sencilla.—A través de las cosas.

Obras de Silván Roudés

El hombre que hace fortuna.—Para abrirse camino en la vida.

Obras de Rodolfo W. Trine

En armonía con el Infinito.—Vida nueva.—La ley de la vida.—El credo del caminante.—La mejor ganancia.—El respeto a todo sér viviente.

Obras varias

Fray Adriano Suárez, Levántate y anda

Arturo Cuyás, Hace falta un muchacho.

Aureliano Abenza, Caminos para el éxito.

Baltasar Gracián, El héroe y el discreto.

Payot, La educación de la voluntad.

Taine, La inteligencia.

P. Van Caenegem, Los comerciantes del siglo XX.

W. H. Cottingham, Para triunfar en los negocios.

W. Joudray, La ciencia de los negocios.

NOTA.—Existen numerosos libros disfrazados que no contienen más que un falso título que sirve de cebo para pescar incantos. Desconfiad de esos libros, pues nada aprenderéis en ellos.

